

En la Playa

DOLORES

Ayer la ví: a la hora del paseo; se-parada del bullicio de la Luneta, y sin más compañía que sus dos hermanitas, entretenidas en correr y jugar, mientras Dolores parecía abismarse en la contemplación de las melancólicas dulzuras del ocaso.

Iba yo paseando, playa adelante, acompañado de mis amigas las olas, que me obsequiaban generosas y buenas, con la brisa de su aliento, cuando ví detenerse un auto, no muy lejos de mí.

Miré... Una joven, elegantemente vestida de azul, se apeó con ágil y gracioso movimiento, seguida de dos niñas monisimas. Al verla, se me escapó una exclamación, y mis labios pronunciaron su nombre: ¡Dolores!

¡Sí: parece ella... y esas dos nenas, sus hermanitas. ¿Será posible? Tres años hace que marchó a Norte América. ¿Cuándo ha regresado?... ¿Me equivocaré? Pero, no: debe de ser ella. Su andar airoso, sus movimientos, esas dos nenas, el haber elegido este sitio para el paseo la afición que siempre tuvo por contemplar las bellezas de estos mansos atardeceres... todo indica que es ella. ¡Si se acercase más!...

Voy a detenerme. ¿Quién sabe? Quizá llegue hasta aquí. Si fuese ella, ¡qué agradabilísima sorpresa!

Se acerca a la playa con sus hermanitas... y vienen hacia aquí. ¡Me habrá visto?... Esperaré. El encuentro es seguro. Ahora la distingo bien. ¡Ella es: Dolores! ¡Vaya una sorpresa!

Yá se ha detenido; frente al mar, hundida la vista en la inmensidad: saboreando, al parecer, las caricias del vientecillo que juguetea con su vestido azul, dibujando graciosas ondulaciones. Sus hermanitas corretean y gritan: ella no se mueve. Parece una virgen abstraída del mundo, diciendo sus confidencias a los ángeles, su amigos.

¿Qué haré?... Capaz será de pasarse ahí, sin moverse, todo el tiempo del paseo. La conozco muy bien. Enamorada como siempre de las magnificencias y bellezas con que se adorna el mundo, al morir el día, goza y se recrea contemplando las olas, o el rojo y violado resplandor que el sol acaba de pintar con sus últimos rayos, o la línea azul del mar limitada por el cielo, o esas nubes que empujadas por el viento se desgarran en girones. No ha cambiado: es la misma, con las mismas aficiones, con el mismo espíritu, sensible, delicado y artista.

Si no me decido a ir, estoy viendo que voy a perder tan oportuna ocasión. Iré: quiero hablarle... Pero, dirige hacia aquí la vista... y me mira con fijeza, abierto el abanico sobre la frente. ¡Por fin! Me ha conocido. ¡Yá viene! Me levanto: voy a su encuentro.

—¿Era V.?—me dice cariñosa después de saludarnos.—Desde que he dejado el auto lo he visto; pero, ¿cómo iba a pensar?... Dispéñeme; si lo hubiera conocido antes...

—Gracias, Dolores. Por tus hermanitas te he conocido al detenerte junto al mar, pero no he querido interrumpirte. ¡Estabas tan!...

—¡Romántica! ¿no es eso? Ya vé V., soy incorregible: siempre la miro, contemplando la tarde, sola, medio ensimismada hecha una tonta; como me llamaba V. de pequeñita.

—Bien Dolores; dí lo que quieras. Yá sabes que me agradan esas que tu llamas tonterías. Pero, ¿cuándo has llegado a Manila?

—Hace tres días: sin avisar a nadie. Quería sorprender a mis padres. Esta es la primera tarde que salgo de paseo. Y yá vé, sola—añade con gesto significativo.

—¿Y él?

—Entendámonos,—me contesta con graciosa sonrisa—¿a quién se refiere?

—Pero, niña: ¿a quién voy a referirme? A Eduardo, a quien tú has querido siempre. Porque me parece que Gabriel...

—Es cierto; ya sabe V. que nunca he sentido amor ni simpatía por Gabriel. Y sin embargo, mi padre me lo quiso imponer. ¡Cuánto sufrí por eso! Como que esa fué la verdadera causa de mi viaje. Pues, bien; todo está arreglado, y tan felizmente que casi no me lo creo. Con decirle que ayer estuvo Eduardo en mi casa...

—¿Y lo recibió tu padre?

—¡Que sí lo recibió! Como que lo llamó él mismo. Pero no le extrañe, pues mi padre es otra vez católico.



—¿Católico tu padre! ¿Desde cuándo?

—Desde que cayó enfermo. Ya recordará V. que los protestantes con sus mentiras y promesas lo engatusaron, como decía mi madre. Y como Gabriel es también protestante y más rico que Eduardo, mi padre se empeñó en que abandonase a éste y admitiese a Gabriel. Me mantuve fuerte; y le contesté con resolución y energía, y hasta quizá con algo de dureza, diciéndole que yo no cotizaba el corazón y valer de ningún hombre por sus riquezas, sino por la sinceridad de su amor y sus buenas cualidades: que Gabriel ni por su amor, ni por su cualidades, y mucho menos por sus ideas religiosas, podría jamás ocupar en mi corazón el lugar que ocupaba Eduardo, joven formal, sincero y sobre todo católico como yo. Insistió mi padre: yo resistí. En fin, la cosa se puso mal; y fué entonces cuando por evitar mayores males marché a América, con la excusa de ampliar mis estudios. Eduardo me ha esperado leal y constante, y como para él he vuelto la misma, pues... todo arreglado.

—Pero, ¿y el cambio de tu padre?

—¡Ah! se me olvidaba. Verá V. Durante la enfermedad, mi madre con su paciencia y cariño, y con ese cora-

zón que tiene tan buenazo, lo ha ido ganando poco a poco. Hoy está completamente cambiado: parece otro. Al llegar yo de América, y encontrarlo en cama, lo abracé y besé con toda la intensidad de mi amor. Se echó a llorar como un niño. Con mis caricias, besos y mimos se serenó. Y de repente me pregunta con mucho interés por Eduardo. Figúrese V., ¿qué apuro para mí. Como aún no sabía nada... Miré a mi madre, y ella contestó por mí. Entonces mi padre con mucho cariño me dijo: Quiérela, hija mía: es juicioso y formal, aficionado al estudio y al trabajo; y además católico como tú, como toda nuestra familia. Esos protestantes... Ellos lo enredaron todo. No: ya no me engañarán otra vez.—Al oírle hablar así, rompí a llorar de alegría.

—No me extraña que llorases. ¡Vaya un cambio! Te felicito, Dolores; y espero felicitar a tu padre personalmente. Porque te advierto que desde que marchaste, no he pisado tu casa. Ya recordarás cómo se puso tu padre cuando yo intercedí hace tres años por Eduardo, diciendo que era digno de tí. Menudo lío que se armó. Menos pegarme, de todo hubo. Estaba insufrible. Para él no había otro como Gabriel, el protestante calavera.

Y bien, Eduardo estará loco de alegría. Hace días que no lo he visto, y la última vez que hablé con él, todavía duraba la tormenta. ¡Cuánto me alegro! Lo conozco bien, y puedo decirte que serás feliz con él. Buena parejita vais a formar, Dolores. ¿Cómo no ha salido?

—Ha quedado en casa acompañando a mi padre, que hoy, parece tenía ganas de hablar; lo cual indica que su enfermedad no es de gravedad. Yo he salido con estas, y cuando volvamos estaré con él. Ya le hablaré de este encuentro.

—Sí, háblale; y dile que mañana me presento en su casa, y le doy el abrazo más fuerte que ha recibido en toda su vida. Y no te olvides de saludar a tu padre. Supongo habrá cambiado también con respecto a mí. Esta noche me es imposible. Ya ves, las siete; pero lo visitaré pronto.

—¿Las siete ya? Me estarán esperando... ¡Nena, a casa!... Adiós, y descuide, que todo se les diré.

—Adiós, Dolores. ¡Ah! se me olvidaba. Supongo habrás venido con el doctorado en el bolsillo.

Sonriente y modesta, contesta con una sencilla inclinación de cabeza; y al auto.

EL SOLITARIO.

AL MARGEN DE LA VIDA EN LAS RIBERAS DEL PASIG

El hombre que ha estado todo el día rindiendo tributo a esa ley general del trabajo, que si a veces es ley dura y enojosa, es siempre también,

“Levadura del placer humano”

como la cantó el poeta, y que al acercarse el crepúsculo de la tarde se dedica a pasear, goza más intensamente de las delicias del paseo que quienes ven deslizarse la vida en ocio perpetuo.

Las calles y los paseos, bañados por la melancólica luz de un sol moribundo, nos llevan la imaginación a lejanos países de ensueño.

Las primeras estrellas tiemblan en el cielo y las almas se preparan para el misterio de la noche.

Paseamos, nos olvidamos de la triste realidad, echamos a volar la fantasía. Nos transportamos más allá, más hacia la región de la poesía, más cerca del quíserico país que dibujan las nubes en el cielo, y en el que creemos que toda paz y toda felicidad tienen su asiento.

Olvido, olvido divino de la vida, dulce sombra en nuestros pesares, aura tibia que anima la llama de la ilusión.

Y todo entonces lo vemos de color de rosa, y el cielo es más azul y más diáfana la atmósfera y más alegre el canto de los pájaros y más delicado el aroma de las flores y el amigo es casi un hermano y la mujer que pasa, una niña y late el corazón como en sus mejores años y dicen los labios palabras de amor y la naturaleza toda parece que entona un himno gigante y magnífico a la hermosura y belleza de la vida...

¡Oh! ¡Cuando los arañazos de la prosa de la vida

han estado a punto de hacerme desfallecer al borde del camino, cuántas veces sentí, al mágico influjo de esos paseos vespertinos, que la sangre corría a borbotones por mis venas, que auras de sano optimismo oreaban mi frente calenturienta, que el corazón se hacía más grande y más decidida la voluntad, que el mundo entero era poco a los afanes y aspiraciones de mi alma, lanzándome de nuevo con más fe, con más entusiasmo, con más esperanza por los senderos del porvenir!

Pero ¡ay! en el paseo de esta tarde un ambiente de tristeza me ha rodeado por todas partes, sin poder distraerme a él. Y por eso héme venido aquí, lejos del ruido y del bullicio, a orillas del Pasig cariñoso, mudo confidente quizá de heridos corazones, a llorar. cual los cautivos de Sión, los males de mi pueblo. Y como aquellos, también yo he suspendido de los árboles, que hacían más espesas las primeras sombras de la noche, mi humilde laud de poeta, creyéndome extranjero en propia tierra. Y sentado junto al remanso de un recodo, hu dida la cabeza entre las manos, he pensado con tristeza y amargura en lo que he visto esta tarde.

En una populosa avenida de la ciudad, agolpándose ante las amplias puertas de un edificio, he visto hombres, muchos hombres disputándose a gritos la entrada en él. En el frontis de la fachada y en gruesos caracteres, que me parecían escritos con fuego, he leído este letrero: *Stadium*. Inmenso cartelón anunciaba que dos, cuatro, seis; no sé cuantos hombres se iban a pegar bárbaramente, cruelmente, inhumanamente para solaz y diversión de otros muchos hombres. Y la multitud rugía,